

dible y merecedora de figurar en cualquier biblioteca especializada en el Siglo de Oro español.

Isabel PÉREZ CUENCA

Fernández Mosquera, Santiago (coord.), *Estudios sobre Quevedo. Quevedo desde Santiago entre dos aniversarios*, Santiago de Compostela, Servicio de Publicacións e Intercambio Científico, Consorcio de Santiago de Compostela, Universidade de Santiago de Compostela, 1995, 329 pp.

La Universidad de Santiago conmemoró durante el curso 1995-96 su V Centenario, fecha -1995- que coincide además con el 350 aniversario de la muerte de Francisco de Quevedo. Dado el antiguo interés que el Departamento de Filología Española, Teoría de la Literatura y Lingüística General de esta Universidad guarda por los estudios quevedianos, el profesor Fernández Mosquera ha querido relacionar las dos celebraciones en la presentación de un volumen-homenaje titulado: *Estudios sobre Quevedo. Quevedo desde Santiago entre dos aniversarios*.

El libro, cuya reseña ofrecemos a continuación, se suma a una larga tradición investigadora que durante años ha ocupado artículos, ediciones, monografías y misceláneas como las ofrecidas por James Iffland (1980), Víctor García de la Concha (1982), *Edad de Oro* (XIII, 1994), *Letras de Deusto* (20, 1980)... No obstante, si el empeño no es nuevo, sí lo son los resultados, cuyo interés y rigor crítico sin duda harán de *Estudios sobre Quevedo* un lugar de referencia obligado para futuras investigaciones.

En el apartado introductorio, Fernández Mosquera presenta el homenaje y explica la relación que Quevedo guarda con la Universidad compostelana y «con el Apóstol, los peligros que corrió defendiendo su patronato y su posición como caballero de su Orden» (p. 8). A continuación especifica objetivos y criterios de selección, sintetizando los objetivos y principales líneas de desarrollo del volumen. Los trece ensayos restantes podrían ser estructurados en cuatro grandes bloques, atendiendo a la naturaleza del enfoque crítico y especialmente de los temas que se analizan. El primero de ellos, el bibliográfico, se inicia con un estudio de don José Manuel Blecua: «“Dando obediencia al tiempo en muerte fría...”. Más de medio siglo con Quevedo» (pp. 17-23). Al hilo de sus propios recuerdos, el profesor Blecua nos ofrece un

entrañable recorrido por el panorama crítico quevediano desde los años veinte. Su aportación posee gran valor como testimonio directo de una época en que «la bibliografía española sobre crítica textual brillaba por su ausencia» (p. 20); momento en que los trabajos del profesor Blecua inauguraron el quevedismo moderno y cuya deuda todavía no hemos podido saldar.

De nuevo la bibliografía –aunque esta vez desde una perspectiva diferente– es estudiada por Lía Schwartz («Quevedo y su obra: entre ecdótica y hermenéutica», pp. 25-43). Tras insistir en el renovado interés por los estudios quevedianos, la profesora Schwartz anuncia el surgimiento de nuevas tendencias ecdóticas y hermenéuticas que alternan o complementan a las más tradicionales (p. 27). En cinco apartados recoge y valora «las publicaciones de este último lustro, comparando las ediciones y las interpretaciones más recientes con otras que se habían impuesto en períodos anteriores» (p. 27): 1, «Los textos: ediciones y lecturas» (pp. 27-28); 2, «Del *Buscón* a los *Sueños*» (pp. 28-34); 3, «De un memorial a los escritos doctrinales» (pp. 34-38); 4, «La obra poética» (pp. 38-43); 5, «El hombre y su vida» (p. 43). Aunque sobra decir que nada hay tan efímero como una bibliografía, su rigurosa actualidad ofrece buena muestra de la crítica quevediana moderna, a la vez que nos ayuda a comprender las nuevas tendencias exegeticas.

El segundo gran bloque del homenaje, el biográfico, se inicia con un artículo de Pablo Jauralde Pou («La familia de Quevedo», pp. 45-67). En este caso, el profesor Jauralde adelanta parte de su esperada biografía de Quevedo –«con la exposición de ciertas dudas, determinadas sombras, alguna reticencia» (p. 45)– y reelabora datos ya ofrecidos en anteriores publicaciones. A lo largo de diecinueve páginas reconstruye el árbol genealógico del escritor, desde sus orígenes santanderinos hasta su primera infancia. Concede una especial atención al origen e importancia de sus apellidos: por un lado Quevedo, que conserva «la antigüedad rancia y humilde de un apellido sin mácula» (p. 67). Por otro, «ese timbre de nobleza, también norteña y mucho más reconocida» de los Villegas (p. 67). El trabajo se cierra con unas breves referencias a sus primeros años en la Corte, lejos de los «círculos aristocráticos de los grandes y nobles» (p. 67) pero rodeado del alto funcionario procedente de la clase hidalga. La segunda etapa de su biografía, los años de «formación», constituye el objeto de estudio de Sagrario López Poza («La cultura de Quevedo: cala y cata», pp. 69-104). La profesora López Poza reconstruye la imagen pública del escritor siguiendo diversos testimonios de la época (pp. 69-71). En tres grandes apartados perfila «qué aspectos de la cultura de su época dominaba Quevedo» y «en qué medida esos conocimientos eran acordes con el entorno en donde se movió» (p. 72): el primero de ellos («El

itinerario de su formación intelectual», pp. 72-88) ofrece un detenido repaso por sus años de formación media y universitaria. A continuación, el análisis de la *Ratio Studiorum* nos permite conocer los planes de estudio, nombres y obras que necesariamente hubo de manejar nuestro autor. El segundo apartado («Quevedo y los libros», pp. 88-94) amplía el anterior e insiste en la «vertiente libresca» de su cultura. El tercero y último («¿Hasta qué punto cumple Quevedo con el paradigma intelectual de su época?», pp. 94-104) sitúa al escritor en la intelectualidad del momento y, más concretamente, en su papel de humanista cristiano.

A medio camino entre vida y obra se encuentra el trabajo de José María Díaz Fernández («Quevedo y el cabildo de la catedral de Santiago», pp. 105-118). El canónigo archivero de la catedral compostelana y descubridor de *Execración* nos ofrece un amplio resumen de la polémica surgida tras la canonización de Santa Teresa y su copatronato con Santiago. Numerosos documentos acompañan a este interesante trabajo que, además, nos permite conocer la relación de Quevedo con el cabildo compostelano (pp. 110-114) y el poco interés con que fue recibido su *Memorial por el patronato de Santiago* (pp. 116-118).

El corpus de nuestro escritor y más concretamente su poesía son los protagonistas de los tres siguientes artículos. En el primero («La transmisión manuscrita de la obra poética de Quevedo: atribuciones», pp. 119-131), Isabel Pérez Cuenca pone de manifiesto los errores textuales que plantea este tipo de transmisión, e insiste en la necesidad de una nueva edición crítica de su obra completa (p. 120). Tras llevar a cabo diversas observaciones sobre el «libro manuscrito como fuente de información» (p. 121), la autora selecciona y revisa tres grandes grupos de poemas erróneamente atribuidos a Quevedo: a) «Anónimos imputados a Quevedo por Blecua» (pp. 127-128); b) «Anónimos atribuidos a Quevedo por letra de manos distintas a las del copista» (pp. 128-129) y c) «Atribuidos a Quevedo en un solo manuscrito» (pp. 129-131). Es evidente que —aunque todavía queda mucho por hacer en este terreno— el trabajo de Pérez Cuenca posee una gran utilidad a la hora de establecer y delimitar el corpus poético del escritor.

El siguiente artículo —«Quevedo: lectura e interpretación. (Hacia la anotación de la poesía quevediana)», pp. 133-160— constituye todo un modelo de anotación e interpretación de textos, con importantes pautas de lectura. En cuatro grandes apartados, el profesor Arellano ofrece diversas propuestas teóricas y subraya los peligros que encierra toda labor crítica: tomando como referencia un poema elegido «al azar de entre miles de textos quevedianos», en el primero («La dificultad conceptista y la maravillosa precisión quevediana», pp. 133-135) ana-

liza los rasgos más característicos de su estilo. El segundo («Algunas reflexiones sobre el “estado de la cuestión”», pp. 135-144) informa sobre los errores de algunas tendencias exegéticas y propone un modelo de lectura basado en la «reconstrucción (en términos generales) del texto quevediano, que lo tiene, sin duda, e inteligible» (p. 136). A continuación, diversos fragmentos de *Los Sueños* (ed. de J. Crosby) y trabajos recogidos en *Edad de Oro* (XIII, 1994) son utilizados para ejemplificar «criterios y casos concretos» cuya interpretación no coincide con la ofrecida por el profesor Arellano (pp. 136-144). En el tercero lleva a cabo «Algunos ejemplos parciales de anotación» (pp. 144-159). El cuarto y último («Final», pp. 159-160) resume los principales objetivos del trabajo y acaba con una breve conclusión.

El artículo de Manuel Ángel Candelas Colodrón («Las silvas de Quevedo», pp. 161-185) pone punto final a este tercer bloque dedicado a la poesía. Tras un exhaustivo repaso al estado actual de la crítica, el profesor Candelas establece un corpus de 37 composiciones que «precede en el tiempo a la edición de *El Parnaso español*» y «revela el deseo –ignoramos si último– de encuadrar las silvas escritas en un apartado homogéneo» (p. 166). La existencia de ciertos rasgos comunes le permite dividir el conjunto en tres grandes series: «silvas morales» (pp. 167-172), «amoroso-descriptivas» (pp. 172-174) y «de circunstancias» (pp. 174-179), cuya estructura atiende a criterios temáticos, cronológicos y –en menor medida– métricos. Finalmente, la deuda de Estacio se localiza tanto en la mencionada heterogeneidad temática –«que daba buena cuenta [...] de muchos de los subgéneros posibles de la época (con la excepción de lo burlesco y lo sacro)» (p. 185)– como en la disposición empleada por el autor.

La prosa de Quevedo es el objeto de estudio de los siguientes trabajos. Desde una perspectiva retórica el profesor Azaustre Galiana nos ofrece un amplio recorrido por las modalidades compositivas más frecuentes en la obra del madrileño. En dos apartados analiza «el rico y preciso uso que de ellas hace Quevedo en sus escritos prosísticos, adaptándolas a las características e intención de cada obra y pasaje» (p. 189): el primero («La narración», pp. 189-195) demuestra que el “estilo suelto” es más frecuente en las narraciones y diálogos de las piezas satírico-burlescas. La variada tipología de “períodos circulares” (pp. 196-198), de “miembros” (pp. 198-201) y “miembros sentenciosos” (pp. 201-205) que domina en los tratados político-morales es estudiada en el segundo («El tratado y el período», pp. 195-205). Un gran trabajo es el que nos presenta A. Azaustre Galiana. Su importancia viene más que justificada a la hora de conocer las “pautas retóricas” que sigue nuestro escritor; pautas que –como afirma el propio estudioso– «actúan en estrecha correspondencia con los temas y enfoques autoriales y que,

lógicamente, deben unirse a aquéllos para comprender en toda su complejidad un estilo literario» (p. 205).

También la retórica –aunque desde una perspectiva diferente– es utilizada por Valentina Nider en la siguiente colaboración: «El diseño retórico de la prosa religiosa de Quevedo» (pp. 207-224). La quevedista italiana destaca el escaso fundamento de las taxonomías aplicadas a este tipo de composiciones. A continuación reflexiona sobre «las técnicas utilizadas por Quevedo para lograr la unidad de sus “discursos”» (p. 210): títulos, preliminares, imágenes plásticas, enigmas, elementos que refuerzan o reiteran la *quaestio* principal (pp. 210-215)... El análisis de los textos religiosos le permite demostrar la independencia que el poeta guarda con respecto a sus modelos, utilizando recursos propios de la oratoria sagrada y el género biográfico pero adaptándolos libremente tanto en el plano elocutivo como en el exegético (pp. 215-224). Todo ello viene acompañado por numerosos ejemplos que ilustran esta característica, no siempre estudiada, de la prosa del escritor.

Especialmente interesante resulta el trabajo del profesor H. Ettinghausen: «Ideología intergenérica: la obra circunstancial de Quevedo» (pp. 225-259). En más de treinta páginas, el estudioso delimita el corpus de piezas que tienen cabida bajo la “categoría de lo circunstancial” (pp. 227-230; 243-253), analiza su peso ideológico –«o sea, los valores, creencias, pasiones y actitudes que se desprenden de ellas» (pp. 230-237)–, sus características genéricas (pp. 237-243) y subraya los aspectos más llamativos de su intertextualidad (pp. 253-258). En definitiva, dos son los grandes logros conseguidos en esta magnífica colaboración: por un lado, romper con el aislamiento al que han sido sometidas dichas obras y ofrecer una visión más unitaria del corpus quevediano. Por otro, «sugerir algunas posibles direcciones de su futuro estudio» (p. 226).

El apartado prosístico finaliza con un artículo de Carlos Vaíllo: «*El Buscón*, la novela picaresca y la sátira: nueva aproximación» (pp. 261-279). En este caso, el profesor Vaíllo se suma a las ya numerosas discrepancias suscitadas por la interpretación de la obra, y nos ofrece una visión cargada de sugerentes y novedosas aportaciones. Tras un breve repaso por el estado actual de la crítica (pp. 261-263), el también editor de *El Buscón* examina diversas cuestiones relacionadas con la unidad y organización de la obra (pp. 263-265), el problema de la ficción autobiográfica (pp. 265-266), su adscripción al género picaresco (pp. 266-270)... Especialmente interesante resulta el análisis de su componente satírico, esta vez interpretado a la luz de la tradición clásica o menipea y puesto en relación «con el resto de la producción satírico-burlesca, en verso y prosa, del escritor» (p. 270).

Cierra el homenaje un trabajo de Mónica Inés Varela Gestoso («Bibliografía», pp. 281-309). Como señala la propia quevedista, no se trata de una mera relación bibliográfica sino de un intento de normalización y sistematización de criterios que responde a la misma voluntad unificadora observada en toda la monografía. Asimismo, el objetivo del apartado («evitar las constantes repeticiones que se producían tanto en las notas como en las distintas bibliografías», p. 281) justifica su presencia al final de la obra, y las explicaciones que nos ofrece en la introducción resultan suficientemente clarificadoras para lograr un rápido y eficaz manejo del volumen.

Dos nuevos índices –uno de «obras de Francisco de Quevedo», otro de «nombres y obras» (pp. 311-329)– completan los *Estudios sobre Quevedo*.

Nuevo homenaje, por tanto, y excelente trabajo el que nos presenta Santiago Fernández Mosquera. Si los criterios de selección y organización empleados así lo anunciaban, el resultado supera con creces el objetivo inicialmente formulado por el editor; esto es, el de convertir dicho volumen «en una aportación más, nacida con el propósito de facilitar la reflexión sobre las líneas de trabajo principales que se están siguiendo por quevedistas de todo el mundo» (p. 8).

Eva María DÍAZ MARTÍNEZ

Fernández Mosquera, Santiago y Azaustre Galiana, Antonio, *Índices de la poesía de Quevedo*, Santiago-Barcelona, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Santiago de Compostela-PPU, 1993, 1053 pp.

Del grupo de investigación *La lengua literaria de Quevedo*, dirigido por el profesor Alfonso Rey, surgió en 1993 la edición de estos *Índices*. Se trata de un volumen de concordancias léxicas, con una particularidad: la ausencia de toda precisión del contexto. Los *Índices* remiten sus referencias a la edición ya casi canónica de José Manuel Blecua, por lo que resulta imprescindible su uso conjunto.

El empleo de la edición de Blecua subordina la división del libro. La primera parte recoge las palabras de Quevedo contenidas en los textos considerados base por Blecua; una segunda parte, el léxico de las variantes, y una tercera, las palabras de los títulos y epígrafes. Concluye el trabajo con la presentación de un útil diccionario inverso, especialmente indicado para los estudiosos de la rima quevediana.